

cautivos mas que debilitar las fuerzas de los reyes de Siria que eran sus enemigos. Y con efecto, no bien los judíos se le sometieron, cuando les hizo ciudadanos de Alejandría, capital de su reino; ó mas bien les confirmó el derecho que Alejandro, fundador de esta ciudad, les otorgara; y no encontrando en todo su estado súbditos mas fieles que los judíos, los incorporó en las filas de su ejército, y confió á su custodia las plazas mas importantes. Si los lagidas les tuvieron consideracion, fueron todavía mejor tratados por los seleucidas, bajo cuyo imperio vivian. Seleuco Nicanor, gefe de esta familia, los estableció en Antioquía; y en tiempo de Antioco, el Dios, su nieto, que les hizo recibir en todas las ciudades del Asia menor, se esparcieron por toda la Grecia, y vivieron en ella segun su ley, gozando de los mismos derechos que todos los demas ciudadanos, como les sucedia en Alejandría y Antioquía. Mandóse, sin embargo, que su ley fuese traducida en griego, cuya version se verificó de orden de Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto. La religion judaica fue conocida entre los gentiles; el templo de Jerusalem se enriqueció con las dádivas que á porfia le ofrecian los reyes y los pueblos; los judíos vivieron en paz y en libertad bajo el poder de los reyes de Siria, y en tal grado como no habian disfrutado bajo el mando de sus propios reyes.

CAPÍTULO XIV.

De la interrupcion y restablecimiento de la paz; introdúcese la division en el pueblo santo: persecucion de Antioco; y del vaticinio de los profetas de todos estos sucesos.

Tal era la paz de que gozaban, que parecia debia durar eternamente si ellos mismos no la hubiesen perturbado con sus disensiones. Trecentos años hacia ya que disfrutaban de esta tranquilidad tan anunciada por sus profetas, cuando la ambicion y los celos que se introdujeron entre ellos los pusieron á pique de perderse. Algunos de los mas poderosos fueron causa de las discordias que se suscitaron en el pueblo por adular bajamente á los reyes; quisieron hacerse ilustres á la manera de los griegos, y prefirieron esta vana pompa á la sólida gloria que les procurara entre sus conciudadanos la religiosa observancia de las leyes de sus mayores. Celebraron juegos como los gentiles. Esta novedad deslumbró los ojos del pueblo, y la idolatría revestida con tan magníficos atavíos presentóse tan seductora á los judíos que muchos de ellos se dejaron arrastrar de sus atractivos. A esta novedad juntáronse las disputas que se suscitaron acerca del soberano sacerdocio, que era la dignidad principal de la nacion. Los ambiciosos hacian la córte á los reyes de Siria

por conseguir que les invistiera con ella; y esta sagrada dignidad vino á ser el precio de la adulacion de los cortesanos. Las rivalidades y la division que engendró este fatal suceso no tardaron en producir, segun costumbre, grandes desgracias en todo el pueblo y en la ciudad santa. Entonces se verificó lo que hemos observado que Zacarías habia anunciado: *Judá mismo combatió contra Jerusalem*, y esta ciudad fue entregada y vendida por sus propios ciudadanos. Antioco el Ilustre, rey de Siria, concibió el proyecto de atacar á este pueblo dividido para apropiarse sus riquezas. Apareció entonces este príncipe con todos los caracteres que Daniel habia marcado: ambicioso, avaro, artificioso, cruel, insolente, impío, insensato, ensoberbecido con sus victorias, é irritado por las pérdidas que sufriera. Entra en Jerusalem en estado de emprenderlo todo: las facciones de los judíos, *y no sus propias fuerzas*, le enardecian segun Daniel lo habia previsto; ejerce inauditas crueldades, arrebátandole su orgullo hasta el punto de entregarse á los excesos mas detestables, *y vomita blasfemias contra el Altísimo*, como lo predijera el mismo profeta. En cumplimiento de estas profecías, *y á causa de los pecados del pueblo, le fue dado el poder contra el sacrificio perpetuo*. Profanó el templo de Dios, que los reyes sus predecesores habian acatado: le saquea, y repara, con

las riquezas que encontró, las ruinas de su exhausto tesoro. So pretesto de hacer conformes las costumbres de sus súbditos con las de los judíos, y realmente para saciar su rapacidad y codicia con el pillage de toda la Judea, ordena á los judíos que adoren á los mismos dioses que adoraban los griegos; sobre todo quiere que se rinda adoracion á Júpiter Olímpico, cuyo ídolo coloca en el mismo templo; y mas impío que Nabucodonosor, trata de abolir las fiestas, la ley de Moises, los sacrificios, la religion, y de hacer desaparecer todo el pueblo. Empero los proyectos de este príncipe tenian marcados sus límites por las profecías. Mathatías se opone á sus violencias, y reúne en su derredor á los justos de Israel. Su hijo Judas Macabeo, con un puñado de gentes, álzase contra él, hace proezas inauditas, y purifica el templo de Dios *tres años y medio* despues que fuera profanado, como Daniel vaticinó; persigue á los idumeos y á los demas gentiles que se unieran á Antioco; y despues de haberse apoderado de sus mejores fortalezas, vuelve victorioso y humilde, enrojadas las vestiduras con su sangre, tal como Isaías lo predijo, cantando las alabanzas de Dios, que habia entregado en sus manos á los enemigos de su pueblo. Ni se limitaron á estos los triunfos que obtuvo; persiguiéndoles despues, alcanzó nuevos laureles contra los pro-

digiosos ejércitos mandados por los mejores capitanes de Antioco. Daniel solo habia dado seis años de término á este príncipe impío para que atormentara al pueblo de Dios; y hete aquí que al cumplirse el plazo prefijado sabe en Ebactana los hechos heróicos de Judas. Cae en una profunda melancolía y muere, como lo habia pronosticado el santo profeta, miserable, pero no por la mano del hombre, despues de haber reconocido, pero ya muy tarde, el poder del Dios de Israel.

No es necesario que yo me detenga á referir de qué manera sus sucesores continuaron la guerra contra la Judea, ni la muerte de Judas, su libertador, ni las victorias de sus dos hermanos Jonathas y Simon, sucesivamente soberanos pontífices, y cuyo valor y denuedo restablecieron la antigua gloria del pueblo de Dios. Aquellos tres grandes hombres vieron á los reyes de Siria y á todos los pueblos vecinos conjurados contra ellos; y, lo que aun todavía era mas deplorable, vieron por diversas veces á los hijos del mismo Judá armados contra su patria y contra Jerusalem: cosa inaudita hasta entonces, pero, como se ha dicho, anunciada espresamente por los profetas. En medio de tantos males, la confianza que pusieron en Dios, hízoles intrépidos é invencibles. El pueblo fue siempre feliz bajo su mando; y en fin en tiempo de Simon, libre

ya del yugo de los gentiles, se sometió á él y á sus hijos con consentimiento de los reyes de Siria.

Es digna de observacion el acta por la cual el pueblo de Dios transfirió á Simon el poder soberano, concediéndole todas las prerogativas reales. Asi dice el decreto, *que él y su posteridad gozarán de él en toda su plenitud hasta la venida de un fiel y verdadero profeta.*

El pueblo, acostumbrado desde su origen á un gobierno divino, y sabedor de que desde el tiempo en que David habia sido colocado en el trono por orden de Dios, el soberano poder pertenecia á su estirpe, á quien debia ser restituído á la venida del Mesías, aunque de una manera mas alta y misteriosa de la que se creía, puso espresamente aquella restriccion al poder que otorgó á sus pontífices, y continuó viviendo bajo sus órdenes, con la esperanza empero del Cristo tantas veces prometido.

Asi es como aquel reino absolutamente libre hizo uso de su derecho, y proveyó á su gobierno. La posteridad de Jacob, por medio de la tribu de Judá y por los restos de otras que se filieron bajo sus enseñas, se conservó en cuerpo de estado, y gozó con independencia y paz de la tierra que le habia sido adjudicada.

Brilló con un nuevo esplendor la religion judáica, y recibió nuevas pruebas de la protec-

cion divina. Jerusalem, sitiada y reducida al último extremo por Antioco Sidetes, rey de Siria, se salvó de aquel sitio de una manera admirable. Movióle á aquel príncipe ver á un pueblo hambriento mas ocupado de su religion que de sus propias desgracias, y les otorgó una tregua de siete dias en favor de la semana sagrada de la fiesta de los tabernáculos. Lejos de inquietar á los sitiados durante aquellos dias, envióles con una munificencia real víctimas para que las inmolasen en su templo, sin cuidarse de que al mismo tiempo que les servirían para los sacrificios se aprovecharian de ellas para su sustento en la extrema necesidad en que se hallaban. Segun la docta observacion de los cronologistas, los judíos acababan entonces de celebrar el año sabático ó de reposo, es decir, el séptimo año, en el que, como dice Moises, debia dejarse descansar á la tierra de su trabajo ordinario. Todo faltaba de consiguiente en la Judea, y en manos del rey de Siria estaba acabar con un pueblo que se le hacia mirar como un enemigo perpetuo y rebelde. Dios, pues, para librar á sus hijos de un peligro tan inevitable, no envió como lo hiciera en otro tiempo á sus ángeles exterminadores; pero lo que no es menos maravilloso, tocó al corazon del rey, quien admirado de la piedad de los israelitas, á quienes ningun peligro habia sido bastante para desviar-

los del cumplimiento de las observancias mas incómodas de su ley y de su religion, concedióles la vida y la paz. Los profetas habian vaticinado que no seria por medio de prodigios semejantes á los de los tiempos pasados como Dios salvaria á su pueblo, sino por medio de una providencia mas suave, que no dejaria por eso de ser tan eficaz y á la larga tan sensible como las otras. Por un efecto de esta conducta, Juan Hircano, cuyo valor se habia señalado en los ejércitos de Antioco, despues de la muerte de este príncipe, recobró el imperio de su país.

Bajo su mando los judíos se engrandecieron con conquistas considerables. Sometieron á la Samaria, segun Ezequiel y Jeremías lo predijeron: sojuzgaron á los idumeos, los filisteos y á los ammonitas, sus perpetuos enemigos; y estos pueblos abrazaron su religion, segun que Zacarías lo predijera. Y en fin, á pesar del ódio y de los celos de los pueblos que les rodeaban, fundaron bajo la autoridad de sus pontífices, que al fin vinieron á hacerse sus reyes, el nuevo reino de los Asmoneos ó de los Macabeos, mas estenso que jamas lo fuera, á escepcion empero de los tiempos de David y de Salomon.

He aqui de qué manera el pueblo de Dios subsistió siempre en medio de tantas vicisitudes y trastornos; y aquel pueblo, ora castigado,

ora, consolado en sus desgracias por los diferentes tratamientos que recibió, según sus méritos, es un testimonio vivo y público de la providencia que rige al mundo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE.

DE ESTE TOMO PRIMERO.

LA SUCESION DE LA REJICION.

CAP. I. De la creación y de los primeros tiempos. 133

Prólogo del Traductor. de los tiempos. Pág. v

Noticia sobre las diferentes ediciones del *Discurso*

sobre la *Historia universal*. ix

Designio general de esta obra, y de su division

en tres partes. 1

CAP. V. De la vida y del ministerio profético;

PRIMERA PARTE.

CAP. VI. De los juicios de Dios contra Nabucodonosor.

LAS ÉPOCAS Ó LA SÉRIE DE LOS TIEMPOS.

I.^a ÉPOCA. Adam, ó la Creación. *Primera edad del mundo.* 8

II. ÉPOCA. Noé, ó el Diluvio. *Segunda edad del mundo.* 12

III. ÉPOCA. La vocacion de Abraham, ó el principio del pueblo de Dios, y de la alianza. *Tercera edad del mundo.* 16

IV. ÉPOCA. Moisés ó la ley escrita. *Cuarta edad del mundo.* 21

V. ÉPOCA. La ruina de Troya. *Quinta edad del mundo.* 26

VI. ÉPOCA. Salomon, ó la edificacion del templo. *Quinta edad del mundo.* 29

VII. ÉPOCA. Rómulo ó la fundacion de Roma. 37

VIII. ÉPOCA. Ciró, ó el restablecimiento de los judíos. *Sesta edad del mundo.* 59

IX. ÉPOCA. Scipion, ó Cartago vencida. 96

X. ÉPOCA. Nacimiento de Jesucristo. *Séptima y última edad del mundo.* 116

XI. ÉPOCA. Constantino ó la paz de la Iglesia. 143

XII. ÉPOCA. Carlo-Magno, ó la fundacion del nuevo imperio. 189